
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata, Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschi (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

- Editorial* 3 **El bautismo de Jesús**
- Hans Jörg Rigger* 5 **“Yo os bautizo sólo con agua como signo de conversión”**
- Alberto Espezel* 17 **El Bautismo de Jesús**
- Jean-Pierre Batut* 25 **Para una lectura teológica del bautismo de Jesús**
- Rebeca Obligado* 37 **El bautismo de Jesús en los Padres de la Iglesia**
- Augusto Zampini* 51 **Bautismo. Una apreciación teológico pastoral**
- Joseph Ratzinger* 71 **Pensamientos sobre el lugar que tiene la doctrina y la piedad mariana en la fe y en la teología consideradas integradamente**
- Francisco Bastitta* 83 **¡Queridos jóvenes! *En memoria de Juan Pablo II***

“YO OS BAUTIZO SÓLO CON AGUA COMO SIGNO DE CONVERSIÓN”

*Hans Jörg Rigger **

Ninguno más grande

Quien que en el relato de infancia de Mateo apenas es mencionado, allí suena la voz de aquél que en el evangelio de Juan es designado como “la voz” (Jn. 1,23). La primera palabra que anuncia la voz, suena así: “Convertíos que el reino de los cielos está cerca” (Mc. 3,1). Toda la amplitud de esta palabra va a ser reconocida recién en el capítulo siguiente, donde Jesús comienza su primera aparición pública en Galilea con las mismas palabras: “Convertíos, que el reino de los cielos está cerca” (Mt.4,17). El Bautista aparece aquí unido en forma estrecha e indisoluble con el movimiento de la irrupción del reino.

Esta es la base para la alta valoración que Jesús va a participar cuando afirma en Mt. 11,1ª sobre Juan: “Amén, yo os digo: entre los hombres no hay ninguno más grande que Juan Bautista”. Propiamente esta medida no es sobrepasada por hombres, aunque la entrada en el reino sea por la puerta estrecha (Mt. 7,13). Sobre las condiciones de entrada el evangelio de Mateo se expresa en forma expresa más que cualquier otro. Pero cuando alguien entra por la puerta estrecha en el reino, entonces y sólo entonces, el más pequeño es en efecto “más grande que él” (Mt. 11,11b).

* Profesor de Antiguo Testamento en la Theologische Hochschule de Brixen, Südtirol.

“Yo os bautizo sólo con agua como signo de conversión”

El reino de los cielos está cerca

El Bautista llama así a la conversión. Urge, ya que la irrupción última del reino está cerca. Por más breve que sea en los evangelios (cf. Mt. 3,7-12 par. Lc. 3,7-9.16 s.), la base del texto para la reconstrucción de la predicación de conversión del Bautista se da por la llamativa utilización del concepto de “conversión” o “convertirse” en los textos del bautismo y es un indicio de la significación central de este tema para su predicación y su autocomprensión¹.

De todos modos el llamado a la conversión se encuentra incluido en una predicación de juicio sin condiciones. Para muchos intérpretes se abre aquí ya el amplio campo tradicional histórico de la predicación profética con un sello deuteronomista, suponiendo los otros, explicando el modo apocalíptico donde son utilizados clichés a menudo estereotipados sobre unos u otros. Comparado con la profecía pre-exílica aparece a menudo un contraste en relación con la predicación de Juan Bautista y la predicación de Jesús, allí el aspecto obscuro de la predicación bíblica de Dios, aquí el polo opuesto luminoso, allí la amenaza apodíctica de un juicio de aniquilación, aquí una promesa de salvación. Sin embargo, ningún camino va más allá de la predicación de conversión y del ofrecimiento del bautismo de Juan Bautista. Ya que a diferencia del tiempo del nacimiento de la exégesis histórico-crítica -donde los exegetas podían sostener con toda seriedad que la predicación transmitida por Mt.3,7-12 y par. era una construcción fungible, que tanto podía tener una figura discrecional arbitraria del Nuevo Testamento (por ej. Jesús)-, se da hoy un consenso llamativo que esta sección no es una construcción cristiana post-pascual. Más bien “aquí habla en forma potente un profeta poderoso, no cualquiera”², aquí tocamos de algún modo la piedra fun-

¹ De ocho pasajes del sustantivo “conversión” en los evangelios sinópticos, cinco se relacionan con Juan el Bautista; cf. H.Merklein, *Die Umkehrpredigt bei Johannes der Täufer und Jesus von Nazaret*, en, H. Merklein, *Studien zu Jesus und Paulus* (WUNT 43), Tübingen 1987, 109-118

² H.Schürmann, *Das Lukasevangelium 12*, Freiburg, Basel, Wien, 1990, 183.

damental del Bautista. Y así es muy interesante sostener que esta prédica del Bautista no tuvo lugar de un modo completamente inesperado ni tampoco cayó en un espacio vacío. La predicación misma ofrece una aclaración. De ese modo se recomienda comenzar con una observación. El Bautista aparece y está convencido “ que el hacha se encuentra ya puesta en la raíz”(Mt. 3,10), y quien viene detrás suyo tiene la horquilla ya en la mano”(Mt.3,12). La mirada del exégeta va aquí inmediatamente y sin excepción al juicio inmediato e inexorable. ¿Pero qué pasa si se cambia un poco la perspectiva?. El Bautista se ve a sí mismo como el fin absoluto de una época. Su prédica está puesta en este fin de una época, que le da finalmente una dramática incomparable.

¿Pero qué época, qué tiempo ha transcurrido? Naturalmente la periodización de la historia según los reinos del mundo (Dan.2) o según épocas del mundo (Dan. 9) constituyen entre otros un signo de la literatura apocalíptica, pero de ese modo hemos ganado poco para una interpretación de la predicación del Bautista en Mt. 3, aunque utilice imágenes para la pintura del juicio que se encuentran a menudo en la literatura apocalíptica. Se abre una dimensión totalmente nueva cuando se advierte hacia atrás que Israel ha comenzado hace tiempo a leer el tiempo post-exílico bajo la perspectiva del exilio. El exilio era en la concepción deuteronomística equivalente al juicio. Pero en el período post-exílico creció cada vez más la concepción de que el estado de juicio no se encontraba superado ni con la vuelta de Israel a la Tierra ni con la reconstrucción del templo. De los setenta años de exilio (Jer. 25,1;29,10; 2 Cr.36,21) se hacen en Dan.9 por ej. setenta veces setenta (años); del exilio histórico, el “gran exilio”, que alcanza hasta el presente y más allá aún. Si los profetas hubieran relacionado el apartamiento del juicio a la condición de la conversión de Israel, y hubiera así sido alcanzado el juicio, pero sin embargo Israel no siguió el llamado a la conversión de los profetas, por ello en el tiempo post-exílico se subraya que la conversión propiamente todavía ha de sufrirse. La época presente es vista primero como tiempo de purificación que ha de llevar a la decisión y a la división. Este

“Yo os bautizo sólo con agua como signo de conversión”

tiempo de purificación está firmemente decidido, vale para el pueblo y su ciudad santa como *chance* suplementaria, “hasta que se ponga fin a la rebeldía, para sellar los pecados, para expiar la culpa” (Dan. 9, 24b)³.

En forma aún más plástica aparece expresado en un texto más antiguo, en Ez. 20. En un esbozo muy esquemático y en una descripción casi redundante de la historia de Israel, este continuo *decrescendo* es llevado hasta su desaparición. Son encuadradas todas las fases de la historia de Israel, los mandamientos dados al pueblo serían siempre más exigentes y el juicio a causa del pecado siempre más claro. Los padres en Egipto, los hijos en el desierto, los hijos de los hijos finalmente en la tierra: se mantuvieron en el pecado. La historia amenaza terminar finalmente en un estado quieto, en una calle sin salida. ¿Se puede quebrar esta circulación?, se podría preguntar. Según Ez. 20, 32-38, Dios mismo da la respuesta impresionante. El pone delante de nuevo su actitud (del pueblo): “Queremos ser como los otros pueblos, como las tribus de otros países, adoradores del leño y de la piedra”, justamente esto quiere Dios impedir: “¡Esto no ha de ocurrir!”. No ha de ocurrir que su pueblo termine bajo las naciones paganas, reemplazando a Dios por los ídolos y no reconociendo más a Yahvé como su “Rey”. Justo en este punto comienza el discurso (lleno de esperanza) del juicio de purificación en el “desierto de los pueblos”: “Yo os traigo al desierto de los pueblos; allí me hago presente a vosotros frente a frente como juez.. Como yo fui juez de vuestros padres en el desierto de Egipto, así quiero yo ser juez con vosotros, oráculo de Yahvé, el Señor, os haré pasar bajo el cayado y os haré entrar por la manga de la alianza (en el corral de la separación⁴). Los

³ Cf. H. Rigger, *Siebzig Siebener. Die “Jahrwochenprophetie in Dan.9 (TThSt 57) Trier 1997, 257-259.*

⁴ Cf. Sobre esta traducción, cf. F. Sedlmeir, *Studien zur Komposition und Theologie von Ezechiel 20 (SBB21), Stuttgart 1990, 21.52-56; 365-368.* El autor comenta el significado de esta traducción: “ser apresado por la pretensión de señorío de Yahvé” (367).

renegados y todos los que me rechazaron los aparto de vosotros” (Ez. 20, 35-38). El desierto no es naturalmente un lugar localizable, se encuentra “de un modo espiritual” en aquella región donde reina el pensamiento pagano, separado de Dios. En Ez. 20 el destino de los renegados después del juicio de apartamiento permanece en suspenso, mientras que el libro de Daniel no lo deja por ello abierto. Para “los muchos” la alianza será poderosa (9,24^a), ellos deben pasar por un juicio de purificación que significa también el martirio (11,32 ss.) donde al fin Dios salvará a su pueblo: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horror eterno. Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron la justicia a la multitud como las estrellas, por toda la eternidad.” (Dan. 12,2).

Salida y Entrada

El Bautista ha de ser considerado con seguridad en una perspectiva escatológica en Israel en el tiempo de Jesús, para quien (Israel) el tiempo post-exílico era un tiempo prolongado de no-salvación, tiempo de purificación establecido por Dios y abierto por El. Al final de este tiempo se debía propiamente alcanzar el maduro “fruto de la conversión” y hacerse así visible.

O los árboles dan fruto o son cortados, el trigo está ya cosechado, y debe ser liberado de la paja. El juicio que aquí se cumple y del cual no hay escapatoria es un juicio de discreción, y el resultado será el verdadero Israel. Sobre la pertenencia a este verdadero Israel se decide no ya el linaje de Abraham, lo decisivo es sólo la conversión y la vuelta a Dios. La promesa debe ser aceptada por cada generación y por cada individuo⁵. ¿Qué hizo el Bautista en esta situación precaria? Predicó *en el desierto*. Para escuchar su mensaje, los hombres han de seguirlo allí. El los empuja al reconocimiento de sus pe-

⁵ Cf. G.Lohfink, *¿Braucht Gott die Kirche? Zur Theologie des Volkes Gottes*, Freiburg 1998, 87.

“Yo os bautizo sólo con agua como signo de conversión”

cados, los bautiza en el Jordán y los deja con la promesa de la venida del fuerte, que ha de bautizar no ya con agua sino con Espíritu y con fuego.

Todo resulta como un paquete completo, como una única gran acción simbólica profética. En el centro de esta acción simbólica se encuentra la predicación de Juan Bautista, acompañada con signos sensibles. El primer signo de asombro es la elección del lugar para su aparición. Conscientemente no va hacia los hombres, ellos deben dejar sus aldeas y ciudades para escucharlo en el desierto o junto al Jordán, sin entrar en la cuestión sobre si el lugar del bautismo se localiza justamente en la salida del Jordán al sudeste de Jericó, allí se trataba de un cambio de lugar, de modo que el Bautista podía aparecer en un lugar entre el mar Muerto y el lago de Genesaret, tanto al oeste como al este del Jordán⁶. ¿Sería casual la elección del lugar? Es la tradición más antigua que interpreta ya estas tradiciones locales en su fuerza expresiva simbólica. Como de paso leemos en Mt. 3,5 (cf. Mc. 1,5): “Acudía a él Jerusalén, toda Judea y toda la región del Jordán”. Esto recuerda mucho el relato del paso de Israel por el Jordán en Jos. 3-4, donde doce hombres de las tribus de Israel, uno por cada una de ellas, fueron elegidos para llevar el arca de la alianza por el Jordán desecado (Jos. 3,12). Muchas veces se agrega que *todo* el pueblo, *todo* Israel atravesó el Jordán (Jos. 3,17; 4,1).

Es aún más significativo, y esto hace de la aparición del Bautista en el Jordán una acción simbólica, que el Jordán no es para estos relatos y la tradición judía un río cualquiera. El cruce del Jordán por todo Israel se encuentra en relación “con el grandioso plan de Dios, que comienza desde la marcha de los patriarcas y por lo menos llega hasta la instalación en la tierra”, es “una prueba de la conducción de gracia del Señor...análoga al cruce del Mar de las Cañas...el profundo valle del Jordán muestra lo que ha de ser como algo nuevo, y el

⁶ Cf. El problema de la topografía J.Ernst, *Johannes de Täufer, Interpretation, Geschichte, Wirkungsgeschichte* (BZAW 53), Berlín 1989, 280-284.

cruce del Jordán como el comienzo de esto nuevo”⁷. Así como según Jos. 3-4 las doce piedras han de recordar que aquí Israel ha cruzado con pies secos el Jordán (Jos. 4,23-24), así Juan el Bautista guía claramente al pueblo de vuelta a este límite, donde se cumplió una antigua promesa y donde un largo y molesto camino alcanzó finalmente su término en la tierra prometida. Promesa y cumplimiento se tocan entre sí en el Jordán y la pregunta permanece: ¿cree el pueblo en la promesa? ¿Está preparado para el regalo de la promesa *cumplida*? “El Bautista desea cambiar al pueblo a la situación del desierto, para que allí aprenda de nuevo a confiar en su Dios, y él quiere por medio del agua del Jordán, llevar de nuevo del desierto a la frontera de la tierra prometida. Esto significa: él pone al pueblo de nuevo ante la situación del comienzo – situación de una nueva generación, que ya no murmura, sino que cree en la promesa. Todo Israel se encuentra bajo la ira de Dios... Sólo un comienzo nuevo, que corresponda a aquel cruce del Jordán de aquel tiempo, puede salvar al pueblo de Dios”⁸.

Por lo menos cabe preguntarse si aquella peculiar expresión del Bautista, que Dios puede hacer de esas piedras hijos de Abraham (Mt. 3,9), se refiere justamente al contexto de Jos. 3-4, donde doce piedras del Gilgal son tomadas y puestas en el lecho del río con el encargo a Israel de relatar a todos que la mano del Señor es fuerte. Ellos deben siempre temerle. Dios puede hacer de esas piedras-recuerdo, de esa memoria, a partir de la fe, que desea conducir siempre esa memoria, puede hacer hijos de Abraham.

Mateo parece interpretar así la aparición de Juan el Bautista, porque llama la atención que compone la historia de la infancia hacia este punto. Jesús debe marchar de un modo consciente el camino de Israel desde el comienzo hasta su término en la tierra prometida (Mt. 2,13-15.19-23), donde para el autor del evangelio de Mateo se une la

⁷ H.W. Hertzberg, Die Bücher Josua, Richter, Ruth (ATD 9), Göttingen 1965, 24 ss.

⁸ Lohfink, *Kirche?*, 88.

“Yo os bautizo sólo con agua como signo de conversión”

expresión de que la historia comenzada con la liberación de Egipto culmina definitivamente en la historia del Emanuel. Es significativo y llamativo al mismo tiempo, que aquí se cuente por única vez con la mención de “la tierra de Israel”: “Levántate, toma contigo al Niño y a su madre y ponte en camino de la *tierra de Israel*” (Mt. 2,20 ss.). Después de esta “entrada en la tierra” comienza la historia del Bautista en el Jordán.

La confesión de conversión

El Bautista pide una confesión de los pecados de aquellos hombres que lo han seguido hasta el Jordán. Se subraya expresamente: lo siguieron y “reconocieron sus pecados”. Esto puede sonar casual, sin embargo aparece aquí algo que dio al tiempo postexílico su propio sello. Como ya se pudo notar, el juicio teológico del tiempo postexílico estaba muy dividido. Amplios sectores estaban convencidos de que el estado de juicio había de durar y que había que aguardar la salvación definitiva. Esta concepción se dio también hasta en la celebración litúrgica. Las celebraciones penitenciales regulares eran muy estimadas. Con este *Sitz im Leben* de la celebración penitencial se desarrolló una propia forma de oración, un modo de confesión de los pecados que aquí será llamado *confesión de conversión*⁹, que no eran simples enumeraciones de pecados.

El indicio sugiere que en Mt. 3,9 se utiliza en el texto griego un verbo: “confesar” *exomologeō*, que justamente se indica en este contexto. En la traducción griega de Dan. 9,4, por ejemplo (tanto en los Setenta como en Teodosio) el mismo verbo sirve como introducción a una confesión de conversión (Dan 9,14-19)¹⁰. Para aclarar de

⁹ Cf. Aquí y en las siguientes explicaciones Rigger, *Siebzig Siebener*, 149-155. 164-170.

¹⁰ Análogas oraciones de confesión se encuentran además en 1 Re.8; Sal.51; 78; 79; 106; Jer.32, 17-25 Es.9, 6-15; Neh.1, 5-11; 9, 5-37; Dan 3, 24-50.51-90 (LXX); Est 4, 17 ss(LXX); Bar.1,15-3,8.

qué tipo de oración se trata allí es recomendable articular dos textos, Dt. 31,20-21 y 1 Re. 8, 33-34 (cf. también los vs.46-51), y leer uno después de otro como dos caras de uno y mismo proceso. Así se da una historia en cinco etapas: don de la tierra, ruptura de la alianza, puesta en marcha profética del juicio (pérdida de la tierra), confesión de conversión, vuelta a la tierra (nueva donación de la tierra). La confesión de conversión se encuentra en tensión entre un final y un nuevo comienzo. El orante se vuelve en el juicio en curso hacia Dios y lo reconoce como juez justo. Esta actitud del orante abre de un modo consciente el cambio. Más claro será esto en el Sal. 51, que no sólo expone algo entre la queja y la petición, tampoco una combinación entre confesión del pecado y reclamo individual, sino que más bien se trata de una verdadera confesión de conversión “a la que ya desde su comienzo pertenecen como elementos estructurales la confesión de la culpa, de la propia falta en relación con el reconocimiento de la grandeza de Yahvé como juez, la petición de la superación de la culpa que rompe la comunidad con Dios y la comunidad y la mirada a la respuesta correspondiente a la revelación de la salvación de Dios¹¹ .

O. H. Steck lo articula en relación con la confesión de conversión en Bar. 1,15-3,8, una continuación literal en varios pasos de Dan. 9,4ss., especialmente llamativa en el punto: al Israel de hoy le son dadas palabras de plegaria, “con las cuales llega a expresar, que toma o asume como justo juicio de Dios su amarga y detenida situación, sobre la que Dios es absuelto (1,15; 2, 6-8), y el fundamento para ello lo busca más bien en sí mismo: toma la continuación del juicio, reconociendo toda la culpa de Israel castigado, y muestra que ya es otro y puede llamar orando a la misericordia de Dios, para que El disuelva la culpa y el juicio en el fin de la cólera (2,13) y en cambio abra la salvación y se cumpla para siempre la restitución en la tierra de los relatos de los padres (2, 27-35)”¹².

¹¹ E. Haag, *Psalm 51*, TThZ 96 (1987) 169-198 (Cita:179).

¹² O.H.Steck, *Das Apokryphe Baruchbuch. Studien zur Rezeption und Konzentration “kanonischer“ Überlieferung* (FRLANT 160), Göttingen, 1993, 75 ss.

“Yo os bautizo sólo con agua como signo de conversión”

El agua bautismal

Para el Bautista es claro: el tiempo de la purificación se termina. La pregunta ya no es cómo va a ocurrir la conversión en el futuro o ahora, la pregunta es más bien si la purificación ha dado fruto, para que Dios regale mucho tiempo suficiente. Hay que dejar abierto el tema del “fruto de la conversión”, que no ha de ser concretizado más precisamente, ya que esta apertura tiene lugar en la confesión de conversión, la confesión de los pecados y el radical reconocimiento de Dios como juez justo. Esto es lo pedido en el momento. Esta confesión de conversión es encuadrada por dos acciones simbólicas, que recién hacen visible lo que aquí propiamente ocurre. La primera acción simbólica precede a la confesión de conversión, “la gente de Jerusalén y de toda Judea y de la zona del Jordán” van al Bautista en el desierto, se convierten dejando radicalmente todo lo hecho hasta ahora, el reino del pecado, siguiendo el llamado de conversión del Bautista. La segunda acción simbólica, el bautismo con agua, sigue a la confesión de conversión y permanece relacionada estrechamente con ella. ¿Pero qué aspecto de la confesión de conversión hace visible el bautismo de agua de Juan? Quien puede liberarse de la concepción del bautismo de Juan como rito de purificación, descubre inmediatamente con la confesión de conversión un elemento de llamativo acuerdo con el bautismo cristiano posterior (cf. Rom. 6,3-11). El recién bautizado deja conscientemente en su inmersión la esfera de la vida y entra en la esfera de la muerte. Esta inmersión simboliza la asunción del juicio como un juicio justo. En la inmersión, la salvación es dejada completamente a Dios. Este es el anticipo de confianza que el bautizado regala a Dios, se somete plenamente al señorío de Dios y cree en ese momento en su perdón. Espera de El, interiormente renovado, en ser asumido en su historia de salvación. Si tomamos juntamente estas observaciones hechas hasta aquí, echan una luz fuerte sorprendente sobre lo que el bautismo cristiano significa: “El es “ruptura con todo lo que era antes, liberación de las violencias trans-

mitidas de generación en generación, entrada en la tierra prometida, incorporación en la nueva comunidad de la Iglesia”¹³.

A pesar de ello el bautismo de Juan no es “cuasi-sacramental” ni tampoco “sacramental”. No tiene ningún un efecto directo, a diferencia de bautismo cristiano. Tiene lugar en esperanza. Esta esperanza será atestiguada en una promesa: “Yo os bautizo sólo con agua (como signo) de conversión. Pero el que viene detrás de mí, es más fuerte que yo y yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias. El los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego”. Quien viene después de Juan va a traer un bautismo lleno de eficacia, El es el “más fuerte”. El agua del bautismo significa primero lo que ha de ser la plenitud. Se trata justamente de lo que el Israel post-exílico ansiaba, la “efusión” del Espíritu¹⁴. Y sin embargo, el bautismo del Espíritu es un parte de la medalla, en él se cumple el vaticinio de salvación. Que se cumplirá con la venida del “más fuerte”, pero también con la amenaza del juicio. El bautismo de fuego hace pensar en un juicio de aniquilación¹⁵. Según la Biblia, Dios es justamente la vida a secas. Y es el único Dios. Por ello sólo puede darse una alternativa correspondiente: bendición o maldición, vida o muerte (Dt. 30,19). En este conjunto, es interesante la observación de que el bautismo expresa un “acto de individuación”¹⁶: el individuo sale del conjunto de “todo Israel”, reconoce su culpa, reconoce a Dios como juez justo y se deja bautizar. Se observa justamente aquí una decisión que realiza el bautismo del Espíritu y del fuego anunciado por Juan el Bautista, para uno la salvación, para otro la eterna condena (Cf. Dan. 12,2 ss.). Esta división es significada por las imágenes del hacha y de la horquilla (Mt. 3,10.12) que concéntricamente muestran la promesa del “más fuerte o poderoso”(Mt. 3,11). Cuando los árboles estériles sean cortados y que-

¹³ Lohfink, *Kirche?*, 88.

¹⁴ Cf. Jl 3,1 ss.; Is. 32,15; Ez. 36,25; 39, 29; 1 QS 4, 20 ss.; 1 QH 17,26

¹⁵ Cf. Is.33,11ss.; 66,15 ss.; Ez. 38,22; Joel 2,3; Zef. 1,18; 3,8; Zac. 12,6; Mal. 3,19.

¹⁶ Cf. J.Becker, *Johannes der Täufer und Jesus von Nazareth* (BSt 63), Neikirchen-Vluyn 1972, 40.

“Yo os bautizo sólo con agua como signo de conversión”

mados, la paja termina en un “fuego inextinguible”, esto es sólo el “terrible fondo”¹⁷ de un proceso que tiene un objetivo muy distinto. Como por la caída de los árboles estériles la plantación es cortada y podada y como luego de la separación del grano de la paja no se da ya nada más para traer definitivamente en el silo de reserva, así obtiene el Espíritu al pueblo de Dios redimido del tiempo final, literalmente por el bautismo, puesto que es el verdadero Israel según Mateo.

Conclusión

Aquel de quien se dice en el prólogo de Juan en forma expresa que *no* era la luz, dio testimonio de la luz. “El contenido de su ser es este, que él por sí mismo es el mundo, guía a la verdadera luz, que él no es, y que está en Dios. El origen de esta indicación señalar es la misión; la esencia de esta indicación es la fe, que como verdadera fe conlleva en sí el amor y la esperanza. Que en el mundo pueda darse semejante testimonio presupone que la Palabra que está en Dios y que es la vida y la luz, y brilla en las tinieblas, vino al mundo. Y vino al mundo de tal modo que en su salida y su vuelta al Padre llevó al mundo en este movimiento; que en esta participación al mundo la Palabra se hizo Palabra de gracia para el mundo, y esta gracia pudo ser recibida en fe, amor y esperanza”¹⁸.

Traducción: P.Alberto Espezel

¹⁷ Schürmann, *Lukasevangelium I*, 174.

¹⁸ A. von Speyr, *Das Word wird Fleisch. Betrachtungen über das Johannesevangelium*, Kapitel 1-5, Einsiedeln, 1949, 73.